

nían que recorrer, y alzar las manos al cielo al percatarse de que el paladín republicano, el guerrillero ideal, el hombre á quien el Sr. Bulnes habría quizá confiado la defensa del territorio, Rojas, en fin, había sido muerto en una refriega con los franceses.

El valer estratégico de Puebla no ha sido nunca contradicho. Situada cerca del río Atoyac, á 139 kilómetros de la capital por la antigua carretera de Río Frío, centro de una comarca agrícola riquísima, rodeada de lugares grandes y bien provistos y habitada por una numerosa, selecta y culta población, justifica de sobra el parecer de D. Manuel Gómez Pedraza: «este Estado, por su situación topográfica y su importancia real, ha ejercido y ejercerá siempre una influencia decisiva en la suerte de la nación»¹

En su famosa carta al general Forey, decía Napoleón III (á quien el Sr. Bulnes califica de político y estratégico nunca visto) lo siguiente, que es la condenación más palpable de las ideas de nuestro autor.² «Recomiendo al general Forey no se limite á tener una sola línea de operaciones. Puede juzgar conveniente despejar el camino de Jalapa: pero en su lugar yo no lo haría sino hasta *después de llegar á Puebla*. Porque entonces, dueño de Veracruz, de Orizaba y de Puebla, permanecería en esta última ciudad y de ella enviaría una columna sobre Jalapa, lo cual abriría los dos grandes caminos que conducen á Veracruz. . . . Cuando Puebla haya caído ya en nuestro poder, *tiene que convertirse en nuestro gran depósito y en centro para adquirir provisiones y establecer hospitales*. . . . Muy esencial sería un camino de hierro de Veracruz á la falda de las montañas; ya me dirijo al cónsul de Francia en Nueva York para saber en qué condiciones podría tenderle un empresario americano.»

Por último, un oficial extranjero nos da la clave del afán que por defender á Puebla mostró el gobierno republicano: «Puebla fué siempre la capital reaccionaria y clerical de Méjico; se la llamaba Puebla de los Angeles y en verdad que no había usurpado el nombre. Por eso el gobierno liberal mostraba doble interés en prolongar la resistencia: por una parte, probaba que el partido disidente estaba obligado á luchar á su lado y contra el invasor, y por otra, destruía de arriba abajo la ciudadela de sus adversarios políticos, castigándoles por su tenaz oposición.»³

1 Manifiesto de D. Manuel Gómez Pedraza, publicado en Nueva-York.

2 Niox. Op. cit. pág. 216.

3 Général Du Barail Op. cit. pág. 428.

EL SEÑOR BULNES Y LA BATALLA DEL 5 DE MAYO.

El sistema del Sr. Bulnes es por extremo curioso: siempre que hay algo malo que decir del gobierno republicano (y siempre hay mucho malo que decir del gobierno republicano, según el Sr. Bulnes) la culpa es de Juárez, así se trate de táctica, de poliorcética, de balística, de fortificación permanente ó pasajera ó de alguna de las innumerables disciplinas que, según el moderno historiador, tenía don Benito necesidad de conocer por sus puntos. Pero cuando hay algo bueno que notar (y también se da el caso dos ó tres veces en el libro) entonces no es Juárez el autor de la providencia favorable ó de la previsión confirmada ó del suceso que se realizó conforme á planes bien calculados; entonces el autor es otro, ya sea hombre, institución ó fuerza de la naturaleza.

Así, quien ocasionó el llamado desastre de Puebla fué Juárez, mas el autor de la salvación de Méjico, en mayo del 62, fue el general Zaragoza, que se manejó con suma habilidad y prudencia, que emprendió una habilísima retirada y que al defenderse en Puebla evitó la caída de la capital.

Sin embargo no ha sido siempre el mismo el parecer del Sr. Bulnes acerca de Zaragoza. En otro de sus libros¹ censura acremente al vencedor del 5 de mayo porque no tomó la ofensiva cuando huía desorganizado el enemigo, y cuando el general Lorencez había colocado su artillería tan torpemente que hubiera podido salir un kilómetro de las trincheras la infantería mejicana sin encontrar la zona arrasada por la metralla. Le atribuye el error que cometió Bazaine en la batalla de Saint-Privat; le acusa de haberse desmoralizado y le reprocha duramente no haber tomado la ofensiva, como la tomaron los mejicanos en la Angostura, batalla, según el historiador-poeta, fina, elegante, artística y no sé si también sabrosa y bien hablada.

Voy á demostrar al Sr. Bulnes que el 5 de mayo, tanto en el lado francés como en el mejicano, pasaron las cosas tal como debían haber pasado, dadas las sendas situaciones de los combatien-

1 «El Porvenir de las Naciones Hispano-Americanas ante las conquistas recientes de Europa y los Estados Unidos,» por el Ingeniero Francisco Bulnes, pág. 143.

tes. Lorencez no tenía idea siquiera remota de que los mejicanos pudieran resistirle; seguro estaba de que la ciudad levítica de la república y el partido conservador que la llenaba se apresurarían á ponerse en sus manos sin que pudieran impedirlo los infelices y cacoquimios indígenas que tenía colocados el gobierno, más por el afán de hacer que se defendía que por defenderse realmente.

A los mentirosos relatos de Almonte, de Haro y de Miranda, vino á unirse el parecer del ingeniero mejicano que aseguró era negocio de coser y cantar la toma de las insignificantes fortificaciones levantadas por los juaristas. Poseemos noticias auténticas acerca de lo acontecido en la noche que precedió al asalto. «La cena sucede al consejo de guerra, los alegres dicharachos á la discusión seria, á las imágenes del campo de batalla, el cuadro de Puebla tomada sin disparar un tiro. Y ¿por qué admirarse de que se esperara semejante desenlace? Sin cesar oíamos decir á nuestro derredor que se recibiría á los franceses como libertadores, en medio de las ovaciones, las flores y los encantos de una ciudad que rompería sus cadenas para correr en pos de nosotros. . . . Escalamos las Cumbres bajo las balas enemigas, llevamos el pabellón de Francia 2000 metros sobre el nivel del mar. Al fin llegamos á Amozoc ¿qué digo? nos encontramos ya en Puebla, la segunda capital de Méjico, ufana con razón de sus monumentos curiosos, de los árboles seculares de su paseo, de su catedral, en la cual, según la tradición, los ángeles trabajaban por la noche, y sobre todo esto, admiramos la gracia infinita de las mujeres mejicanas: Puebla de los Angeles acaba de abrirnos sus puertas, nos parece asistir á un triunfo. Vemos al alcalde ofreciendo al general las llaves de la ciudad, sale el clero á recibirnos á la entrada de la catedral, se tejen coronas de flores á nuestro paso.»¹

Lorencez no estaba demente para pensar que podría apoderarse, con una columna de 6000 hombres y mediante asalto, de una plaza militarmente defendida; pero sí creía en la eficacia de un golpe violento que espantara á los juaristas y animara á los conservadores; esa fué la causa de su desastre.

El Sr. Bulnes, que se indigna contra Lorencez porque atacó á Puebla por el punto más fuerte, no sabe lo que sabía sin duda el general invasor, y es que no podía abandonarse el contacto con el

1 Le Prince Georges Bibesco. Au Mexique en 1862. Combats et retraite de six mille. Págs. 139. 149.

convoy sin abandonar su protección y su seguridad; que si los enemigos, mediante un rasgo de audacia, atacaban la impedimenta y se apoderaban de ella, sufrirían un verdadero desastre los soldados de Napoleón, y, por último, que aun á riesgo de no escoger un lugar favorable para el asalto, estaban en la obligación de no alejarse un punto de la fuente de sus recursos.¹

Todavía más: cuando á Lorencez le comunicaron que había caído una bala de cañón en dirección de la columna francesa que avanzaba, exclamó disgustado:

—Hé ahí las flores del Ministro. Y envió al capitán Castex para que comunicara el caso á Saligny, que se limitó á asegurar que aquello no valía nada y que solamente llevaba por objeto el amedrentar á Márquez y á los suyos.

Así como se indignó el Sr. Bulnes porque Zaragoza no había tomado la ofensiva el 5 de mayo, ahora se muestra furioso porque González Ortega tenía preparada fuerza de caballería para batir á Forey y tomar la ofensiva en caso necesario.

La caballería preparada por González Ortega se explica: iba á cumplir el deber que le asignaría cuarenta años después el Sr. Bulnes; la carencia de caballería de Zaragoza se explica también por una potísima é indestructible razón: porque no tenía ni podía tenerla. El ocho de mayo, á las cinco de la tarde, el general Lorencez emprendía la retirada de Puebla y pernoctaba á dos leguas de la ciudad.² Ese mismo día, á las ocho, el general en jefe decía al ministro de la Guerra: «Creo que sería imposible conseguir dinero en esta; pero mañana daré estos pasos; sin embargo siempre será bueno que salga de esa capital.»³ El nueve avisaba lo siguiente: «El enemigo pernoctó en Amozoc, y aun á las siete de la mañana estaba allí. Nuestra caballería le hostiliza constantemente. En cuanto al dinero nada se puede hacer aquí. . . . sin embargo acabo de mandar ver al Sr. Cabrera. Hoy no he podido completar ni para un día de socorro económico, que importa \$3,700 porque sólo tiene la comisaría \$3,400. LA FUERZA ESTÁ SIN SOCORRO DESDE EL DÍA 5 Y CASI SIN RANCHO.»⁴

El mismo día á las tres menos cuarto de la tarde, Zaragoza se

1. Général Castex *Ce que j'ai vu* Tomo I, pág. 208.

2. Telegrama de Zaragoza en *Batalla del 5 de Mayo de 1862*, pág. 13.

3. " " " " " " Ib.

4. " " " " " " Ib.

manifestaba enterado de lo que el gobierno había dispuesto sobre recursos, y aunque le avisaban que dentro de dos horas le entregarían \$30,000, á las nueve de la noche no había recibido más que \$16,000, y completaba los 30 hasta la mañana del diez, cuando el enemigo, repuesto de su pánico momentáneo, pernoctaba en Quecholac y avanzaba camino de Orizaba sin temer nada de los nuestros.¹

¡Y cuando Zaragoza, no cuenta con gente, ni con trenes, ni con recursos, ni siquiera con rancho para sus sufridas tropas² le exige el Sr. Bulnes que salga á batir á campo raso á un enemigo valiente, instruído, rápido en sus movimientos, deseoso de vengar un descalabro que creía obra de la casualidad, y disciplinado y bien provisto como no lo estuvo jamás el mexicano!

Me dirá el Sr. Bulnes: «pero Zaragoza pudo haber vivido sobre el país, impuesto préstamos, inventado contribuciones y aprovechándose de la buena voluntad de la población.»

Esas cosas se logran cuando las ciudades son amigas ó indiferentes; nunca cuando son enemigas: las mayores exacciones, los actos más horribles de tiranía, no alcanzan nada cuando tropiezan los ejecutantes con la sordidez y el espíritu hostil de los vecinos. Ya lo anunciaba así el jefe del ejército de Oriente: «En cuanto al dinero nada se puede hacer aquí, porque esta gente es mala y sobre todo muy indolente y egoísta. . . . ¡Que bueno sería quemar á Puebla! Está de luto por el acontecimiento del día 5. Es triste decirlo, pero es una realidad lamentable»³

«Según he podido ver en un informe que manda á su gobierno el cónsul de Prusia, en Puebla, la ciudad estaba consternada al día siguiente de nuestro fracaso, y triste y silenciosa, se hallaba muy distante de participar de la satisfacción de las tropas mejicanas. Por cartas procedentes de Puebla, sé que se ha fusilado á más de diez personas á fin de intimidar á quien quisiera, como ellas lo intentaron, hacer demostraciones en favor nuestro.»

1 Telegrama de Zaragoza en *Batalla del 5 de Mayo de 1862*, págs. 13, 14 y 15.

2 Apenas el 15 de Mayo anunciaba el Ministro la pronta salida de víveres y provisiones.

3 Zaragoza al Ministro: *Batalla del 5 de Mayo en Puebla*, pág. 13.

4 Napoleón III á Forey. En *Niox*, op cit, pág. 213.

¡Desgraciado país si hubiera confiado su suerte al Sr. Bulnes! Primero le ordena que para defenderse no levante ejércitos; luego le determina que, en el caso inverosímil de que llegue á formar tropas regulares, no consienta ningún jefe que

JUAREZ, ORGANIZADOR.

Figúraseme el entendimiento del Sr. Bulnes, á esas cohortes de criados que rodean á los déspotas orientales: uno le lleva la capa, otro le mulle los cogines, un tercero le enciende la pipa y un cuarto le sirve el café; pero ni por todo el oro del mundo el comisionado para cargar el narghilé, se decidirá á vestir al soberano ó á llevarle en el palanquín. Así nuestro autor: suele apreciar bien los detalles, hacer descubrimientos atinados, discurrir correcta y sutilmente, pero á la hora de considerar los conjuntos, los árboles le impiden ver el bosque y empieza á contemplar todo por fracciones, como si su catalejo histórico fuera de esos telescopios minúsculos que necesitan se les varíe la orientación á cada vez que se trata de observar una pulgada de cielo.

Por esa deficiencia suya, el Sr Bulnes incurre en un sofisma curioso en todo su libro, y es el dividir, el seccionar, el partir en innúmeras fracciones la personalidad de Juárez. Le juzga por su actitud ante la intervención y el imperio, y cree que ya conoce y ha dado á conocer, al indezuelo desvalido, al estudiante aplicado, al catedrático, al gobernador, al diputado, al ministro, al autor de las leyes de reforma, al cabeza de partido victorioso, al presidente que batalla con la rapacidad de los agentes

las rija. En 1900 (*Porvenir de las Naciones hispano americanas*, pág. 143) mandaba el Sr. Bulnes sujetar á consejo de guerra á Zaragoza porque no había acabado con los franceses obligando á sus soldados á combatir á aquellos sin elementos de guerra, sin dinero y sin rancho. En 1904 envía ante otro consejo de guerra (*Verdadero Juárez*, pág. 161) á Gonzalez Ortega por el fracaso del Borrego.

De este modo, mandando generales al consistorio y al patíbulo, no habría tardado el Sr. Bulnes en dar cuenta de la defensa nacional: al que triunfara se le haría á un lado porque no había volatilizado al enemigo reduciéndole á gases impalpables; al que perdiera se le mataría porque no había sabido ganar. ¡Medrados habrían estado Juárez y sus amigos si se hubieran echado un consultor como el Sr. Bulnes!

Una curiosidad: ¿dónde aprendería el Sr. Bulnes eso de que en Roma los cónsules vencidos se suicidaban ó eran muertos por la plebe? No sé que se hayan hecho tales justicias con Flaminio, ni con Scipión, ni con Marcelo, y sí recuerdo que cuando el cónsul Varrón fué vencido en Cannas, los magistrados salieron á recibirle y á darle las gracias porque no había desesperado de la salvación de la patria. Tendría deseo de conocer los nombres de los generales linchados en Roma, en la época de la república.